

Pío XI y la Cuestión Social

Disertación leída en el Colegio
Máximo de San Miguel (F. C.
P.), el día 17 de Septiembre
de 1939.

SUMARIO

- I. — INTRODUCCION.
- II. — LA PERSONALIDAD SOCIAL DE PIO XI:
 - Momento histórico del pontificado de Pío XI.*
 - La semblanza social de Pío XI.*
 - La obra social de los Augustos Predecesores de Pío XI.*
 - La monumental obra de Pío XI:*
 - sus Encíclicas y documentos sociales.*
- III. — EL PENSAMIENTO SOCIAL DE PIO XI:
 - Sus líneas fundamentales.*
 - Las premisas filosófico-sociales.*
 - Los principios de moral social.*
 - Los postulados económico-sociales.*
 - Las directivas para la reconstrucción de la sociedad.*
 - La defensa de la civilización cristiana.*
- IV. — CONCLUSION.

I

INTRODUCCION

Moisés libertó al pueblo elegido por Dios y lo condujo a la tierra prometida, cuando estaba por sucumbir en la esclavitud; *Pablo de Tarso* esparció la palabra de Cristo en todas las tierras, mientras el paganismo se encontraba en su máximo apogeo; *Constantino* reconoció el cristianismo en el Imperio Romano, en el momento de los estragos de las persecuciones; *Francisco de Asís* señaló al mundo la práctica de la sublime pobreza, cuando mayor desenfreno alcanzaba la codicia de la riqueza; *Tomás de Aquino* proclamó la más perfecta filosofía cristiana, mientras estallaban las grandes controversias religiosas; *León XIII* dió a los pueblos el más justiciero código del trabajo, en el momento en que se desencadenaban los tumultuosos movimientos proletarios.

Parecería que en todos los tiempos, en las horas históricas más trascendentales y decisivas, la Divina Providencia extendiera su mano sobre la humanidad para protegerla, haciendo surgir del seno de la misma, en el preciso momento del supremo peligro, al hombre destinado a contrarrestar las influencias funestas y a señalar el justo camino.

Esto es lo que ha acontecido una vez más, en nuestros tiempos, con la persona de Pío XI.

II. — LA PERSONALIDAD SOCIAL DE PÍO XI

*Momento histórico del
Pontificado de Pío XI*

EL Pontificado de Pío XI se inicia justamente en uno de los tristes años de la *post-guerra* (1922), en que las inquietudes, la desorientación y la turbulencia descarriaban a los individuos y a las instituciones.

Era la hora en que todo el mundo civilizado se encontraba todavía sumido en las trágicas consecuencias dejadas por la más cruenta guerra que recuerde la historia.

De este gran cataclismo humano, habían salido seriamente afectados no sólo los valores materiales sino también los valores morales, originando ese funesto *período de transición*, en que los pueblos, después de tantas privaciones y sacrificios, se sentían seducidos únicamente por las fáciles riquezas y llevados a una vida paganizante.

De ahí que doctrinas exóticas y disolventes encontraran un terreno propicio; que las más nobles tradiciones fueran repudiadas; que falsos modernismos reclutaran entusiastas adhesiones; que inquietudes y rebeldías trastornaran las mentes; que el concepto de autoridad y de disciplina decayeran; que la armonía social se hallara continuamente turbada; que el espíritu religioso fuera debilitándose; que el laicismo, siempre más arrogante e invasor, se afirmara en todos los campos.

Esta anormal situación, siguiendo su proceso, se reflejó y tuvo grandes repercusiones también en los años posteriores, de modo que se puede afirmar que la terminación de la guerra mundial marcó el comienzo de un *nuevo ciclo*.

Pues bien, es en esta hora histórica de excepcional gravedad que, por divinos designios, le cupo a *Pío XI* la misión de iluminar y orientar al mundo con la antorcha de la Iglesia.

La semblanza social de Pío XI

Pío XI cumplió esta gran misión en forma magnífica, y su Pontificado — *fides intrepida* — quedará memorable en la historia por haber enfrentado, con extraordinario valor y sabiduría, tantos y tan graves problemas de orden religioso, político y social.

Si para explicarnos la base humana de la excelencia y magnitud de la obra de Pío XI, estudiáramos, entre otros factores, algunos *rasgos personales* de la vida de Aquiles Ratti, encontraríamos dos proféticas características. Una de orden *físico*, y es su inclinación por el dinámico alpinismo, que lo llevaba a ascender a las más altas cumbres, desde donde podía abarcar con la mirada la sublime grandiosidad de la naturaleza y recoger las divinas resonancias de sus verdades. La otra de orden *intelectual*, y es su vehemente inclinación por los serenos y meditados estudios, que lo llevaba a las aulas del magisterio y a las salas de las bibliotecas, donde —antes como discípulo y estudioso, y luego como maestro y bibliotecario— elevaba su mente y su espíritu a las altas esferas de la sabiduría.

En estas dos inclinaciones innatas, en apariencia contradictorias, se perciben claramente las características de la fuerte y esclarecida *personalidad* del futuro Papa: una férrea voluntad de propósitos, un vivo deseo de elevación, una íntima aspiración hacia superiores formas de verdades, una justa visión de las metas y de los medios, un constante afán de ilustrarse y de ilustrar a los demás, una vehemente vocación de acercarse a las cosas de Dios.

La personalidad de Pío XI se nos presenta así multiforme y poderosa en todas sus manifestaciones; sin embargo, nuestros ojos de estudiosos sociales ven en ella con preferencia los rasgos del *Papa de la cuestión social*.

Ya en 1921, un año antes de su elevación al solio pontificio, el entonces Mons. Aquiles Ratti, al tomar posesión de la cátedra de San Ambrosio y de San Carlos, dirigía al pueblo de Milán su *primera carta pastoral*; en ella, refiriéndose al afanoso deseo de paz social, anunciaba ser su firme propósito el de desenvolver afectuosamente su paternal solicitud para que se desarrollara el fraterno amor cristiano y para que los hombres se acercaran y se comprendieran entre ellos de tal modo, que les resultara más fácil el trabajo y menos difícil el sobrellevar los dolores, las desventuras y las asperezas de la vida; y concluía exhortando a ganar, por la plegaria y por el trabajo, las confortaciones que la fe asegura a los hombres de buena voluntad.

En estas hermosas palabras, se percibe la *síntesis precursora* de todo el programa social que más tarde había de desarrollar el futuro Pontífice.

No deja de ser un hecho revelador el que, en su primer *encuentro oficial* con el pueblo, Mons. Ratti mostrara su particular preocupación por la cuestión social, su profundo anhelo de paz, su gran solicitud por los que trabajan y sufren.

Tales conceptos, sin embargo, no eran una improvisación de circunstancia, sino que brotaban de la mente y del corazón del futuro Papa, y representaban su íntimo sentir. Es que Aquiles Ratti había adquirido, desde sus primeros años, una profunda *formación social*, a través de la doble enseñanza de la vida y de los libros.

Su origen modesto, su infancia vivida en el ambiente industrial de la pequeña Desio, su educación iniciada al lado del padre, dirigente de una empresa, su primera actuación en el magisterio, su estada en una gran ciudad industrial como Milán, sus vastos estudios realizados en el silencio bienhechor de las bibliotecas, su mismo ministerio ejercido desde el primer peldaño hasta la más alta cumbre de la jerarquía, su perfecto conocimiento de muchos idiomas, su experiencia del peligro bolchevista adquirida directamente como nuncio apostólico en Varsovia: todo contribuyó a formar en Aquiles Ratti, ese carácter vigoroso y combativo, ese caudal de sabiduría, esa comprensión y espíritu social, ese profundo conocimiento de los males y de las necesidades de la sociedad moderna, esa clara visión de los problemas sociales, esa confiada esperanza en el despertar de las virtudes latentes en las masas proletarias, que debían constituir

las admirables dotes personales del futuro Papa en su actuación en el terreno social.

La obra social de los augustos predecesores de Pío XI

Pío XI, al llegar al solio pontificio, vertió en la gran fuente de la Iglesia todos los estudios, los conocimientos y la experiencia que había acumulado.

En esa gran fuente de la Iglesia —cuyo manantial procede de Dios— afluyen, desde veinte siglos, las ideas y los hechos de todos los Vicarios de Cristo, que han venido sucediéndose en la Cátedra de Pedro. De este modo, ella se ha convertido en la depositaria de la sabiduría universal; ella representa la historia y la tradición de la acción civilizadora del cristianismo; dentro de ella, las manifestaciones de pensamiento y de obra de los diversos Papas, se fundan admirablemente unas con otras, asumiendo esa perfecta *unidad* y esa armoniosa *continuidad* que todos admiramos.

Pues bien, es en la fuente suprema de la Iglesia y es a la luz de la obra magistral de sus *Augustos Predecesores*, que Pío XI ha elaborado, completado y perfeccionado sus ideas y propósitos sociales.

Empero, los actos que han inspirado más especialmente la obra social de Pío XI son los que pertenecen a los Sumos Pontífices del último siglo. De *Pío IX*, el Papa del *Syllabus*, precursor del moderno movimiento social con su valiente motu-proprio sobre el restablecimiento de las corporaciones y asociaciones profesionales, sacó los claros propósitos de renovación moral y social y el gallardo espíritu de condenación del comunismo; de *Pío X*, el Papa Santo, derivó la paternal solicitud por los humildes y por los obreros; de *Benedicto XV*, el Papa de los trágicos años de la guerra, tomó el especial desvelo por la paz de los individuos, de los pueblos y de las naciones.

Pero, lo que ha tenido una mayor influencia en las manifestaciones de carácter social de Pío XI, ha sido la grandiosa obra de *León XIII*. En sus varios documentos, Pío XI se complace en reconocer tal paternidad y a cada paso tributa el más profundo, afectuoso y entusiasta homenaje al pensamiento social de León XIII, del que es férvido admirador y con el cual se identifica. Así, enlaza sus Encíclicas sociales con la memorable *Rerum novarum*; así, cita y reproduce con particular devoción los textos sociales de su ilustre Predecesor; así, defiende vigorosamente la mag-

nifica doctrina leonina contra pusilánimes hesitaciones y erróneas interpretaciones.

La obra social de Pío XI, por tanto, no debe ser considerada aisladamente, sino como *uno de los eslabones* de la larga cadena que la Iglesia viene forjando, sin límites de espacio y de tiempo, por mano de sus Pontífices, para asegurar el ancla de la paz social que ha de salvar a la humanidad.

*La obra monumental de Pío XI:
Sus Encíclicas y documentos sociales*

Esta admirable continuidad e interdependencia de pensamiento y de obra, no obstan a que cada Papa conserve su propia fisonomía e imprima un sello personal a sus manifestaciones. Y esto no es sólo porque las diferentes características naturales influyen en el modo de gobernar de cada uno, sino por una razón más alta que aparece a quien medita la historia del Papado con espíritu de creyente: eso es, que cada Pontificado tiene una particular misión.

Pues bien, nosotros creemos no equivocarnos al afirmar que uno de los aspectos principales de la misión de Pío XI ha sido la del *magisterio*.

Por su innata vocación, por su frecuentación de los libros, por su dedicación a la enseñanza y también por las circunstancias, Pío XI en su glorioso pontificado ejerció con particular predilección y entusiasmo esta forma de apostolado, convirtiéndose en el *Maestro por excelencia*: y es a través de sus *Encíclicas y documentos*, que Pío XI enseñó.

Por este medio tradicional, el gran Papa hizo llegar a millones de mentes y de corazones el calor de su palabra y la luz de su doctrina; por este conducto secular, señaló a pueblos y gobernantes las normas seguras de la vida cristiana. Bien podemos decir: *Pius docet*.

En más de *sesenta documentos*, Pío XI ha hablado y ha enseñado acerca de la materia que tanto le preocupaba: *la cuestión social*. Como se ve, nos encontramos delante de una *obra monumental*, que debería ser profundamente estudiada y meditada por todos los que ansían la solución de los graves problemas sociales y económicos de la hora presente.

Resultaría, por cierto, sumamente interesante el analizar en el curso de esta exposición cada uno de tales documentos: veríamos la admirable unidad de pensamiento de este Pontífice eminente, la profundidad de su sabiduría, la amplitud de sus propó-

sitos, la claridad de su visión de Pastor y Doctor universal de los pueblos, la exquisita sensibilidad de su corazón de Padre. El espacio no lo permite: nos limitaremos, pues, a recordar algunos de los *documentos más insignes*.

Entre las treinta *Encíclicas* que Pío XI ha proclamado durante su pontificado, doce son —en todo o en parte— de *índole social*. No resistimos a la tentación de mencionarlas:

- a) Dos *Encíclicas* contienen el PROGRAMA SOCIAL del Pontificado de Pío XI.

Ubi arcano Dei (23 de diciembre de 1922),
sobre la paz de Cristo en el reino de Cristo;
Quas primas (11 de diciembre de 1925),
sobre el reinado social de Jesucristo.

- b) Dos *Encíclicas* se refieren a la VIDA DOMESTICO-SOCIAL:

Divini illius Magistri (31 de diciembre de 1929),
sobre la educación cristiana de la juventud;
Casti connubii (31 de diciembre de 1930),
sobre el matrimonio cristiano.

- c) Cuatro *Encíclicas* atañen a los PROBLEMAS ECONOMICO-SOCIALES:

Quadragesimo anno (15 de mayo de 1931),
sobre la restauración del orden social cristiano;
Nova impendet (2 de octubre de 1931),
sobre la crisis económica y la desocupación;
Caritate Christi compulsi (3 de mayo de 1932),
sobre la agravación de la crisis económica;
Nos es muy conocida (28 de marzo de 1937),
sobre la situación religiosa y social en Méjico.

- d) Cuatro *Encíclicas* se relacionan con el ORDEN POLITICO-SOCIAL:

Non abbiamo bisogno (29 de junio de 1931),
sobre el fascismo;
Dilectissima Nobis (3 de Junio de 1933),
sobre la política antirreligiosa de la República Española;
Mit brennender Sorge (14 de marzo de 1937),
sobre el nacional-socialismo y el racismo;
Divini Redemptoris (19 de marzo de 1937),
sobre el comunismo ateo.

Además de las citadas *Encíclicas*, que contienen el pensamiento fundamental de Pío XI, queremos recordar también *otros importantes documentos*. —cartas, alocuciones y actos— que nos ha dejado el gran Papa sobre la *cuestión social* y en los que en-

contramos puntualizadas sus ideas en esta materia. Entre ellos citaremos:

- la Carta apostólica *I disordini* a los Obispos de Italia (6 de agosto de 1922), en la que Pío XI precisa las condiciones de la paz social;
- la carta al Presidente de la *Confederación Francesa de los Trabajadores Cristianos* (31 de diciembre de 1922), donde por intermedio del Secretario de Estado, propicia el mejoramiento de las clases trabajadoras;
- la Carta al *Congreso Católico de Viena* (1923), incitando a los obreros católicos a luchar por su fe contra la propaganda socialista;
- la Carta *Paterna sane* al Episcopado Mejicano (2 de febrero 1926), exhortando al clero a preocuparse por la acción económico-social.
- la Aprobación dada al *Instituto de Ciencias Sociales de París* (1927), poniendo de relieve todo su interés por los estudios sociales;
- la Carta de la *Sagrada Congregación del Concilio* al Cardenal Liénart (5 de junio de 1929), dando directivas acerca de la sindicación cristiana.

Podríamos continuar citando muchos otros documentos: bastará decir que Pío XI no deja oportunidad sin hacer oír su sabia palabra.

¡Qué emocionantes y orientadoras son sus *alocuciones* dirigidas a los obreros y empleados, sus *mensajes* destinados a los jóvenes trabajadores, sus *discursos* pronunciados en ocasiones de los diversos grupos de patrones, sus *cartas* dedicadas a los varios Congresos y Semanas Sociales!

En todos estos documentos, sobresalen un perfecto sentido de la realidad, un profundo conocimiento de la vida de los trabajadores, una amplia comprensión de las necesidades populares, un seguro poder de juicio y de directiva.

Condensando todo lo dicho, se puede afirmar que las Encíclicas, las cartas, las alocuciones, los mensajes, los discursos y los actos de Pío XI en materia social, son los numerosos sillares que forman el *monumento impercedero* de su Pontificado: en ellos, están grabadas sus inmortales enseñanzas acerca de los graves problemas sociales de la hora presente.

En todo momento, encontraremos en el grabado de estas piedras las sabias y seguras orientaciones del *Papa de la cuestión social*.

III. — EL PENSAMIENTO SOCIAL DE PIO XI

Sus líneas fundamentales

EL estudio de la personalidad social de Pío XI que acabamos de exponer, nos da los elementos para descubrir cuál es el *pensamiento orgánico* del gran Papa en materia social.

Así como ante una obra de arte nuestros sentidos nos conducen a admirar la belleza y armonía de todo el conjunto, independientemente del valor de cada una de sus partes; así también nuestra mente, al examinar la vasta obra de Pío XI, ve sobresalir en una única visión las *líneas maestras* de su edificio social, aun sin entrar a analizar documento por documento.

De este modo, vemos las ideas sociales de Pío XI agrupadas en cinco grandes líneas fundamentales:

- la primera es la enunciación de las *premisas filosófico-sociales*;
- la segunda, la exposición de los *principios de moral social*;
- la tercera, la afirmación de los *postulados económico-sociales*;
- la cuarta, la indicación de las *directivas para la reconstrucción de la sociedad*;
- la quinta, la defensa de la *civilización cristiana*.

Veamos brevemente el contenido y la significación del pensamiento social de Pío XI, a través de estos cinco aspectos básicos.

Las premisas filosófico-sociales

La exposición social de Pío XI en torno del primer punto, es sustancialmente la actualización de la inmutable doctrina cristiana en materia social.

En sus documentos, el gran Papa sustenta y subraya las *premisas filosófico-sociales* que nos enseñan la razón y la Revelación por el trámite de la Iglesia, *Magistra gentium*.

Por encima de toda concepción, Pío XI proclama la suprema realidad: *Dios*. De la fe en Dios, se derivan los principios filosóficos que gobiernan el orden social en toda su extensión.

“Dios ha dado sus mandamientos de un modo soberano, mandamientos independientes del tiempo y del espacio, de regiones y de razas. Como el sol de Dios brilla indistintamente sobre el linaje humano, así también su ley no reconoce privilegios ni excepciones. Gobernantes y gobernados, coronados y no coronados,

grandes y pequeños, ricos y pobres dependen igualmente de su palabra. De la totalidad de sus derechos de Creador, mana esencialmente su exigencia de una obediencia absoluta de parte de los individuos y de toda sociedad. Esta exigencia de obediencia se extiende a todas las esferas de la vida, en las que las cuestiones morales requieren el acuerdo con la ley divina y con esto la armonización de las mudables organizaciones humanas con el conjunto del inmutable orden divino" (Encíclica *Mit brennender Sorge*).

Empero, si Dios es el primero e insustituible fundamento del orden social, el *hombre*, creado a su imagen y semejanza, es el fulcro, el centro, la base de la vida social.

Partiendo de esta premisa, Pío XI se convierte en el campeón de la *persona humana*. Toda su obra es una esforzada defensa de la primacía de la persona humana, "pequeño mundo que excede con mucho en valor a todo el inmenso mundo inanimado" (Encíclica *Divini Redemptoris*). Ante los modernos ataques a su eminente dignidad, el gran Papa proclama el derecho de la persona humana a moverse, desarrollarse y perfeccionarse libremente, es decir, con autonomía de dirección, para la consecución de sus fines terrenos y ultraterrenos, sirviéndose de las facultades intelectivas y volitivas con que Dios le ha dotado, y bajo el imperio de su responsabilidad personal.

"Es, pues, conforme a la razón, y ella lo quiere también así —dice la *Divini Redemptoris*— que en último término todas las cosas de la tierra sean ordenadas a la persona humana, para que por su medio hallen el camino hacia el Creador".

Pero, hay más: a la premisa de la primacía de la persona humana, Pío XI une el principio de la necesidad de la *organización social*. *Es que el hombre* —por ley divina incorporada a la obra de la creación— no se explica sin la sociedad: *sociedad familiar* ante todo, y es de evidencia directa; *sociedad civil* luego, y es de evidencia razonada.

Así, Pío XI quiere la conservación y elevación de la *familia*, de la que se erige en alto protector y defensor. Desde su magnífica exposición de los principios de la Iglesia acerca de la restauración del matrimonio cristiano (Encíclica *Casti Connubii*), hasta su gallarda reivindicación de los derechos de la familia sobre la educación de la prole (Encíclica *Divini Illius Magistri*), y hasta su paternal solicitud por rodear a la familia de las indispensables seguridades económicas (Encíclica *Casti Connubii, Quadragessimo anno* y *Divini Redemptoris*), toda la obra de Pío XI evidencia una continua y vigilante preocupación por restaurar la institución familiar.

Los documentos de Pío XI contienen también exposiciones no menos importantes acerca de la *sociedad civil*. El gran Pontífice trata esta cuestión, por demás compleja y delicada, con admirable sabiduría y particular valentía. Por una parte, rechaza la idea de una absoluta libertad individual, enseñando "que el hombre no puede eximirse de los deberes para con la sociedad civil impuestos por Dios, y que los representantes de la autoridad tienen el derecho de obligarle a su cumplimiento cuando lo rehuse ilegítimamente" (Encíclica *Divini Redemptoris*); y por otra parte, condena la idea de un funesto panteísmo de Estado, sosteniendo que "la sociedad no puede privar al hombre de los derechos personales que le han sido concedidos por el Creador, ni hacer por principio su uso", ya que "la sociedad es un medio natural, del que el hombre puede y debe servirse para obtener su fin, por ser la sociedad humana para el hombre y no al contrario" (Encíclica *Divini Redemptoris*).

La suprema realidad de Dios, la eminente dignidad de la persona humana, los sagrados derechos de la familia, la necesidad natural de la sociedad civil: he aquí las *premisas filosóficasociales* que emanan de los documentos de Pío XI.

Los principios de moral social

Una de las mayores bellezas de la doctrina de Pío XI reside, sin duda alguna, en el segundo aspecto de su pensamiento social: la exposición de los *principios de moral social*.

El gran Pontífice habla de estos deberes como un padre en el seno de la familia: en todos sus escritos, resuena y se repite cual "leit motiv" la recordación de las normas altísimas de la ley evangélica.

Ante todo, insiste en la enseñanza del Señor acerca del *desprendimiento de los bienes terrenos*. La alta lección del Sermón de la Montaña —"bienaventurados los pobres de espíritu"— es, según Pío XI, más necesaria que nunca en estos tiempos de materialismo sediento de bienes y placeres de esta tierra; y el esclarecido Pontífice amonesta que este precepto vale para los ricos y para los pobres (Encíclica *Divini Redemptoris*).

El otro precepto evangélico, que Pío XI recuerda insistentemente para la vida social, es la virtud de la *justicia*. Se puede afirmar que toda su doctrina está animada por un vehemente espíritu de justicia, que lleva a este Papa a oponerse vigorosamente a las injusticias existentes, de cualquier parte ellas procedan.

Pero, si todas las formas de justicia llaman la particular atención de Pío XI, hay una entre ellas que merece su más viva y

preferente consideración: es la *justicia social*. Esta expresión es usada en la Encíclica *Quadragesimo anno* en el sentido de justicia legal, y Pío XI la consagra así solemnemente por primera vez en los documentos pontificios.

Tan grande es la importancia que el Papa atribuye a la función de la justicia social en el recto ordenamiento de la sociedad, que la pone como base de las instituciones públicas y quiere que toda la vida social y económica de los pueblos quede como empapada en ella.

Aun cuando Pío XI asigne a la justicia un papel tan elevado e insustituible, sin embargo no la considera suficiente para la solución de la cuestión social. Es que para asegurar el verdadero orden social, "es menester que a la ley de la justicia se una la ley de la *caridad*, que es vínculo de perfección" (Encíclica *Quadragesimo anno*).

El gran Papa dedica a esta excelsa virtud páginas enteras, y lo hace con apasionada insistencia en todos sus documentos sociales y más especialmente en sus dos Encíclicas *Nova impendet* y *Caritate Christi cumpulsi*.

Pío XI exhorta a todos los hombres a unir sus corazones y enlazar sus ánimos, con el *vínculo de la caridad*, que es un luminoso reflejo de Dios. Su corazón paterno al preconizar un mundo ávido por la llama de la caridad cristiana, en cuya aplicación está en último término el secreto de la paz social y la misma prosperidad económica de los pueblos.

Pero, la caridad que invoca el Papa es esa caridad "paciente y benigna" predicada y practicada por el Divino Maestro, esa caridad que evita toda apariencia de protección envilecedora y toda vana ostentación, esa caridad que es ley de amor y que Jesús en la grande y dolorosa vigilia ha llamado *Su precepto* (S. Juan XV, 12).

Al recordar los principios de moral social — desprendimiento de los bienes terrenos, justicia y caridad — el Santo Padre tiene sobre todo su mente fija en el único medio capaz de tornar posible la completa aplicación de tales principios, es decir, la *renovación de la vida cristiana*.

"Como en todos los períodos más borrascosos de la historia de la Iglesia — dice Su Santidad — así hoy todavía el remedio fundamental está en una sincera renovación de la vida privada y pública según los principios del Evangelio" (Encíclica *Divini Redemptoris*).

Los postulados económico-sociales

Las premisas filosófico-sociales y los principios de moral social se hallan en el centro del orden propiciado por Pío XI en sus documentos sociales. Pero, alrededor de ese centro, se encuentran — como rayos de una misma rueda — las concepciones del genial Pontífice acerca de los *problemas económico-sociales*: es el tercer aspecto de su pensamiento social.

La función social de la propiedad, la armonía entre el capital y el trabajo, la justa determinación del salario y la redención del proletariado: son los *postulados económico-sociales* que Pío XI afirma y dilucida en forma magnífica en sus Encíclicas.

Frente a las exageraciones y desviaciones del capitalismo, que se ha formado una concepción de la propiedad rígidamente absoluta y egoísta, y ante las arbitrariedades y falacias del colectivismo, que hace de la propiedad un dócil e incondicionado instrumento en manos del Estado, Pío XI se levanta para proclamar la *concepción cristiana de la propiedad*.

El gran Papa trata esta trascendental cuestión con profunda sabiduría, recuerda y actualiza la secular doctrina de la Iglesia acerca de la distinción entre el *derecho* de propiedad y su *uso*, y completando el pensamiento ya expuesto por León XIII en la *Rerum novarum*, formula en su *Quadragesimo anno* las normas cristianas de la moral del propietario.

Pío XI, en su alta enseñanza, pone especialmente el acento sobre la *función social* que tiene la propiedad, recordando que los propietarios deben dar a sus bienes superfluos un uso que beneficie a la sociedad, y amonestando que “los ricos están gravísimamente obligados por el precepto ineludible de ejercitar la limosna, la beneficencia y la magnificencia” (Encíclica *Quadragesimo anno*).

Y esta doctrina es tan humana, tan hermosa y tan atrayente que muchas personas, al meditarla, se sintieron completamente conquistadas por ella y dieron a sus bienes un destino más conforme con la ley evangélica.

Al tratar de los problemas económico-sociales, no podía escapar a la mente clarísima de Pío XI la delicada y apremiante cuestión de las *relaciones entre el capital y el trabajo*.

En efecto, el Santo Padre entra resueltamente en este campo para pronunciar su alta palabra de verdad y de justicia. En la memorable Encíclica *Quadragesimo anno*, después de tributar el más amplio elogio al *trabajo*, haciendo resaltar sus grandes benevolencias en la formación de la riqueza de los pueblos, reconoce la función sumamente útil y necesaria del *capital* para la economía

de la sociedad, llegando a la conclusión de que ambos factores se completan mutuamente y que, por tanto, la concorde *unión* y la más perfecta *armonía* deben presidir sus mutuas relaciones.

Del análisis de esta cuestión, el Sumo Pontífice deduce el principio directivo de la *justa distribución de las riquezas*, estableciendo que la justicia social prohíbe que una clase excluya a la otra de la participación de los beneficios producidos por el esfuerzo común.

El Papa, por tanto, pregona un sistema de retribución por parte del capital y del trabajo *más razonable y digno* que el imperante en la moderna economía, porque "cualquiera persona sensata ve cuán grave daño trae consigo la actual distribución de bienes, por el enorme contraste entre unos pocos riquísimos y los innumerables pobres" (Encíclica *Quadragesimo anno*).

De ahí que Pío XI encare vigorosamente el *problema del salario*, arrojando un nuevo rayo de luz sobre esta cuestión de tan vital importancia, por medio de sus tres Encíclicas *Casti Connubii*, *Quadragesimo anno* y *Divini Redemptoris*.

Puesto que los obreros no poseen otra cosa que *su trabajo* para atender al alimento y demás necesidades de la vida, el Papa se preocupa hondamente por que la retribución de ese trabajo se conforme con la ley de la justicia.

Fundándose en la enseñanza secular de la Iglesia e inspirándose de un modo particular en los principios leoninos, Pío XI da un gran paso en la actualización y perfeccionamiento de la *doctrina católica del salario*.

En sus documentos, fija los puntos que deben atenderse para la *justa determinación del salario*: en primer lugar, el salario debe ser suficiente para la sustentación del obrero y de su familia; luego, deben tenerse presentes las condiciones de la empresa; y finalmente, el salario debe atemperarse al bien común.

De estas normas para la fijación del justo salario, surge claramente la obligación de dar al trabajador el *salario familiar*.

El Sumo Pontífice demuestra su particular empeño por ver realizado este postulado católico, cuando en la *Quadragesimo anno* dice: "No será aquí inoportuno dar la merecida alabanza a cuantos con sapientísimo y utilísimo consejo han experimentado e intentado diversos medios para acomodar la remuneración del trabajo a las cargas de la familia, de manera que al aumento de las cargas corresponda el aumento del salario".

Pío XI es así el alto inspirador y sabio legislador del salario familiar, y el mundo recordará reconocido su autorizada y persistente acción en favor del bienestar de la familia obrera.

Pero el gran Papa, en su afán de justicia social, va aún más allá, y propicia la *redención del proletariado*.

Mientras en los postulados económico-sociales anteriores, Pío XI revela las altas dotes de su *mente*; en la cuestión de la elevación de las clases menesterosas, pone de manifiesto los nobles impulsos de su *corazón* de Padre de todos los pueblos.

Para lograr la ansiada redención de los proletarios — “cuyo gemido sube desde la tierra hasta el cielo” — Pío XI, por una parte, *exige* la reforma del régimen económico actual, condenando los excesos de la libre competencia y los abusos de la tiranía capitalista; y, por otra, *propicia* el respeto de la dignidad del trabajador, una más equitativa retribución del trabajo asalariado, la concesión al obrero de las facilidades necesarias para que pueda adquirir una modesta fortuna, la menos difícil acceso a la pequeña propiedad, la prevención de la inseguridad de los trabajadores mediante los seguros sociales.

Como se ve, Pío XI — continuando la gran obra del Papa de los obreros, León XIII, enunciada en la memorable Encíclica *Rerum novarum* — traza, en sus documentos y especialmente en la *Quadragesimo anno*, un programa completo de *reformas sociales*, tendientes a dar la solución cristiana a la tan debatida cuestión social.

De este modo, con la afirmación de los postulados económico-sociales que acabamos de reseñar, Pío XI pone bajo las pródidas alas de la Iglesia el recto ordenamiento de toda la economía.

Y aquí aparece una *nota saliente* de la obra social de este Pontífice: la percibimos en su particular solicitud, en su incesante celo, en su absorbente preocupación, por los humildes, los débiles, los pobres y las muchedumbres.

Es que el Papa de la cuestión social considera que la sociedad existe de un modo especial para sostener y ayudar a los pequeños y a los más numerosos; y contentúa, por tanto, que el *deber genérico* de todos, de prestarse al bien común, importa el *deber específico* de aquellos individuos, de aquellas clases, de aquellas instituciones, que están en posesión de una superioridad social, de dedicarse en forma particular e intensiva a la elevación de las clases inferiores.

Las directivas para la reconstrucción de la sociedad

Como hemos visto, la humanidad ha tenido en Pío XI a un Papa eminentemente social, el cual comprendiendo la amplitud del

inmenso y complejo problema, ha encarado su solución de acuerdo con las necesidades de la hora presente, afrontando las dificultades en forma evangélica a la vez que científica.

Así, después de haber sentado la magnífica doctrina que hemos expuesto, Pío XI señala también las *directivas para la reconstrucción de la sociedad*: esto constituye el cuarto aspecto de su pensamiento social.

En las Encíclicas *Quadragesimo anno* y *Divini Redemptoris* y en la *Carta de la Sagrada Congregación del Concilio*, Su Santidad indica cuáles son los agentes naturales de la restauración cristiana de la sociedad: las *organizaciones de clase* y las *organizaciones profesionales*.

Correspondería exponer aquí en forma algo detallada las directivas del gran Papa acerca de tales organizaciones; debemos, sin embargo, contentarnos con insinuar sólo algunos rasgos fundamentales.

A las *organizaciones de clase*, que agrupan a los hombres según el medio social en que viven, Pío XI les asigna el importante papel de recristianizar las varias capas de la sociedad, mediante el apostolado de ambiente.

A las *organizaciones profesionales*, el Papa les reconoce la insustituible misión de ordenar las relaciones humanas en el campo social y económico, de conformidad con los principios de la justicia social.

Estas organizaciones profesionales, según el pensamiento de Pío XI, tienen como eje la *corporación*, la cual reuniendo a los hombres por la función social que ejercen, encauza y armoniza los distintos intereses de clase y asegura el recto cumplimiento de la profesión. El Papa señala, pues, el corporativismo cual medio efficacísimo para solucionar la cuestión social mediante la reconstrucción orgánica de la sociedad.

Sin embargo, en su concepción corporativa, Pío XI no olvida a los *sindicatos*, que considera como órganos pre-corporativos: en varios documentos, aprueba y propicia su constitución por parte de los católicos, y en la citada Carta de la Sagrada Congregación del Concilio, da las claras directivas para su recto desenvolvimiento.

Como coronamiento del edificio profesional, el Sumo Pontífice desea la formación de *instituciones interprofesionales*, de carácter superior, que coordinen la acción de las varias corporaciones, con miras al bien común.

La gran importancia que el Papa atribuye a las organizaciones profesionales está evidenciada en la Encíclica *Divini Redemp-*

toris: "No se conseguirá — advierte el Padre Santo — que en las relaciones económico-sociales reine la mutua colaboración de la justicia y de la caridad, sino por medio de un conjunto de instituciones profesionales e interprofesionales sobre bases sólidamente cristianas, unidas entre sí y que constituyan, bajo diversas formas adaptadas a lugares y circunstancias, lo que se llamaba la Corporación".

En semejante obra de *restauración social cristiana*, el Estado y la Iglesia tienen una particular misión; y, según el pensamiento de Pío XI, a cada una de estas instituciones le incumbe desarrollar un papel específico.

El *Estado* debe proteger las instituciones intermedias — organizaciones de clase y organizaciones profesionales — y ha de reconocerlas jurídicamente como órganos *naturales* y *autónomos* de la sociedad.

A la *Iglesia*, y subordinariamente a la *Acción Católica*, les compete orientar tales instituciones intermedias en el ámbito religioso y moral, impregnándolas del espíritu cristiano de justicia y caridad, sin el cual toda estructura social sería como un edificio sin aire y sin luz.

La defensa de la civilización cristiana

Quien examina la obra social de Pío XI, queda admirado al comprobar su *multiplicidad* y *dinamismo*. En efecto, el Santo Padre no circunscribe sus actos solamente a la esfera filosófico-social, al ámbito de la moral social, al campo económico-social y a la función de las organizaciones sociales, sino que su pensamiento y su acción se extiende por doquiera hasta abarcar todos los problemas que perturban a la humanidad.

Así vemos a este Papa sapiente y genial entrar resueltamente en liza para defender la civilización cristiana, para preservar la integridad de la doctrina social católica, para sostener los sagrados derechos de la Iglesia, contra la amenaza y el avance de modernísimas teorías y de funestos experimentos: es el quinto y último aspecto de la obra social de Pío XI.

Se trata de una gran campaña que emprende el gran Pontífice contra las ideas disolventes y deletéreas del *comunismo*, del *nacional-socialismo* y del *racismo*; es una verdadera cruzada que Pío XI lleva adelante vigorosamente con la fe de San Pablo, con la sabiduría de Santo Tomás, con la combatividad de Gregorio VII.

En la defensa del Evangelio y de sus milenarias conquistas, Pío XI revela un *nuevo rasgo* de su personalidad: el espíritu de

vigorosa energía y de decidida firmeza. Papa de táctica y de medios adaptados a los tiempos modernos, comprende la fuerza indispensable que tiene el poder colectivo: por eso, es partidario de las fuerzas colectivas espiritual y científicamente organizadas, y a ellas se dirige para poner un dique a las amenazantes corrientes del materialismo y del paganismo.

Hay un cúmulo de enseñanzas, de advertencias y de orientaciones del sapientísimo Pastor acerca de este peligro.

Su Encíclica *Divini Redemptoris* es la más fuerte y severa condenación que haya sido pronunciada contra la herejía del comunismo ateo.

“Pueblos enteros — dice el Guardián de la Verdad — están en peligro de caer de nuevo en una barbarie peor que aquella en que aun yacía la mayor parte del mundo al aparecer el Redentor. Este peligro tan amenazador es el comunismo bolchevique y ateo, que tiende a derrumbar el orden social y a socavar los fundamentos mismos de la civilización cristiana” (Encíclica *Divini Redemptoris*).

Por otra parte, en la Encíclica *Non abbiamo bisogno* y más especialmente en la *Mit Brennender Sorge*, el gran Papa se levanta con toda energía contra el espejismo de las nuevas y falsas teorías que se intenta hacer primar con la implantación de *sistemas totalitarios y raciales*, los cuales — menoscabando los derechos de la personalidad humana, erigiendo como norma el panteísmo de Estado y sustentando una concepción pagana y materialista de la vida — pervierten y falsifican el recto orden de la sociedad.

“Si es verdad — clama el Santo Padre — que la raza o el pueblo, el Estado o una de sus formas determinadas, y los representantes del poder estatal u otros elementos fundamentales de la sociedad humana tienen en el orden natural un puesto esencial y digno de respeto; con todo, quienes sacándolos de la escala de los valores terrenales, los elevan a la categoría de suprema norma de todo, aun de los valores religiosos, y divinizándolos con culto idólatrico, pervierten y falsifican el orden creado e impuesto por Dios, están lejos de la verdadera fe en Dios y de una concepción de la vida conforme con ella”. (Encíclica *Mit Brennender Sorge*).

Todos estos *infortunados movimientos* son inanes tentativas de rebeldía para subvertir el orden establecido por Dios, y por tanto, están destinados a fracasar irremisiblemente.

Que, si por una hipótesis absolutamente inverosímil, el comunismo y el nazismo y el racismo alcanzaran a transformar el mundo en la bíblica tierra prometida, aun así el hombre estaría

muy lejos de la felicidad ansiada, porque se hallaría sumergido en una civilización enteramente materialista y pagana. Le faltaría la excelsa vida del espíritu, a la cual tendemos, como canta Dante, irresistiblemente:

*noi siam vermi
nati a formar l'angelica farfalla,
che vola alla giustizia senza schermi.*

IV

CONCLUSION

Nos hemos esforzado en examinar e ilustrar modestamente la magnífica obra social del pontificado de Pío XI, sea para recordar su vastedad y profundidad, sea para poner en luz sus orientaciones y enseñanzas tan necesarias en la trágica hora presente.

El grandioso monumento que el pensamiento y los actos de Pío XI han levantado en el campo social, quedará en los siglos de los siglos; y los inmensos e inagotables tesoros de sabiduría que encierra, continuarán a enriquecer las mentes y los corazones de muchas generaciones.

Llegados al final de nuestra exposición, ante la sublime visión de la personalidad de Pío XI que hemos intentado evocar, sentimos brotar espontáneo el deseo de elevar un himno de agradecimiento a Dios por haber querido darnos un signo más de su infinita bondad, de su infinita sabiduría, de su infinito poderío, a través de la excelsa obra de este su Vicario en la tierra: Pío XI.

Francisco VALSECCHI.